



EL "HOMBRE DE LAS LEYES"

Boyacá y sus consecuencias

Estudio que obtuvo el tercer premio en el concurso histórico.

A D. Tomás Cadavid Restrepo y al Dr. Francisco de P. Pérez, cordialmente.

Empezaba el año 19 y la Nueva Granada, oprimida bajo la férrea mano del gobierno español, representado en el Nuevo Mundo por el cruel Pacificador D. Pablo Morillo y sus segundos Enrile y Sámano, gemía, víctima de sus tiranos. El espíritu patriótico un poco atenuado por el terror, parecía decaer ante la remota esperanza de una libertad ansiada, pero aun lejana; los entusiasmos desbordantes, que en pasados años brotaran de las almas americanas, huían por miedo a los verdugos o por el vil halago de una promesa odiosa, de bastardas libertades, que el Gobierno realista, astuto y sanguinario, ofrecía a sus súbditos con la pérdida ilusoria de remachar la cadena de esclavo, colocada de nuevo al cuello herido de la América Hispana por la fuerza superior de las armas, que en todos los tiempos pisotea los sagrados derechos de los pueblos débiles.

La sangre vertida por los mártires en las aras de la Patria, inundaba el país y clamaba venganza por aquellas juventudes destrozadas en patibulos; pedía con el sordo rencor del ultrajado, odio para el infame amo español, destructor de hogares, asolador de haciendas, verte dor de san-

Suspiraba la Nueva Granada sin apoyo. Venezuela, la hermana querida, también lloraba ante el horror de sus tragedias y la desventura de sus hijos. La fuerza mágica del patriotismo se muestra entonces dominadora, augurando el triunfo del derecho. Se enciende el fuego de la lucha y cada corazón americano siente el deseo de libertad y acende a buscarla. Se organizan fuerzas independientes para combatir contra el enemigo realista, adneñado de Nueva Granada, lleno de auxilios y con tropas aguerridas, que en más de una vez habían probado su valor derrotando las legiones de Napoleón, el coloso que conmoviera los cimientos de la Vieja Europa. No cuentan los independientes con fuerzas capaces de oponer resistencia y vencer; ni con la ayuda del oro, ya que para ellos es prohibido el tenerlo y solo trabajan para enriquecer el erario español y avivar con el sudor de su frente la hoguera de la tiranía. Pero tienen alma, alma americana sedienta de libertad, ansiosa de lucha; tienen el hermoso ideal de patria sugestivo y único y el bello futuro de ser libres y legar a sus hijos la Patria sin cadenas.

Aquel ejército, pequeño y desventurado, va aumentando a cada paso. A él vienen lo más escogido de Nueva Granada y Venezuela. El amor obra el milagro del triunfo y los recuerdos de héroes de la Patria sirven de guía. El alma de Pola flota en el ambiente; el espíritu de Ricaurte infunde valor en los corazones indecisos y hace que los que aun vacilan al pie de la cumbre luminosa de la Libertad, emprendan audaces su ascensión, llevando como bandera el amor filial a la patria querida.

Apure y Casanare son el teatro principal de aquella lucha. Allí están los jefes intrépidos y los valientes soldados, que abandonando la relativa comodidad de sus hogares, prefieren conquistar bajo el amparo de las banderas tricolores, la libertad, regando con su sangre el suelo de sus hijos y legando a la posteridad el orgulloso don de ser libres y el no menos altivo de libertadores de América.

El alma de aquel ejército era Bolívar: Bolívar el genio fecundo que baña con su luz el continente americano; Bolívar el artífice que modeló el monumento glorioso de la Libertad sobre las cumbres invioladas de los Andes; el que paseó triunfante el pabellón tricolor por los campos de gloria y honor; Bolívar el de corazón de oro y alma portentosa y única ante el dolor. A su lado militan con incomparable heroísmo Santander, el mimado de la suerte, el de visión futura; el que en medio de las selvas vírgenes de Casanare formaba los libertadores de América, recogiendo de cabaña en cabaña los soldados vencedores en Boyacá, Carabobo, Pichincha, Junín y Ayacucho; audaz y magnánimo no veía, ni esquivaba el peligro, siendo a la vez soldado y jefe. Páez el indomable «León de Apure», reunía en sus llanuras a los temidos «Centauros» de América; y Anzoátegui, y Soublotte y tantos más, habían desenvainado sus espadas y lanzado el brillo de sus aceros sobre los campos de honor, para abatir la orgullosa altivez de odiosos mandarines. Con 2000

hombres, desnudos y pobres, iban a vencer estos héroes al español esforzado y al terrible enemigo, la Naturaleza, que reacia oponía, ya el frío de sus cimas nevadas, ya el fango traicionero de sus selvas, o los ardientes climas de sus llanuras. Pero la grandeza del Ideal y el esplendoroso Sol de la Libertad ocultaban los obstáculos e iluminaba la senda de las fatigas con la hermosa luz de la paz.

España, la nación más floreciente de Europa en tiempos de Carlos V; «España la de las épicas y nunca superadas proezas; la que en un tiempo ostentó orgullosa el disco del Sol por corona y por rayos de su diadema los paralelos y meridianos de la tierra entera», había terminado sus guerras con Napoleón, y Fernando VII, tantas veces claudicante, vuelto al trono que abandonara tan cobardemente.

Su absolutismo, impuesto a España con tragedias de sangre, quería traerlo a América enviando, no obstante la penuria del erario español, ruidosas expediciones de reconquista, encargadas de pacificar sus colonias. Una de estas había sido confiada a D. Pablo Morillo, militar de fama, vencedor de Soult y de Ney. En 1816 había llegado al Nuevo Mundo y con un poderoso ejército inaugurado en Nueva Granada y Venezuela una era de sangre, inolvidable en nuestra historia. Nuestra Patria desgarrada por las guerras civiles, que desde los albores de la República nos han abatido, sucumbió ante la fuerza y quedó sometida al infame gobierno que cubrió de luto tantos hogares; asesinó vilmente a multitud de ciudadanos, e impuso a la América el odioso yugo de su tiranía. Bien podía hacerlo: la conciencia de las naciones civilizadas dormía el sueño profundo del utilitarismo y ninguna alzaba la voz, con puras intenciones, contra aquellos actos de barbarie, cometidos en América y aun en el seno mismo de Europa, por una monarquía sedienta de esclavos.

El poder de las armas daba a España la llave de los abusos y sus ejércitos esparcidos en las colonias eran el fiel exponente de codicia y crueldad. Mas la América había temblado y las cumbres de sus Andes fundido la nieve de sus cimas al calor del patriótico fuego brotado por todo un pueblo, inspirado en los más sanos principios de religión y moral, y lleno de nobles ideales acariciados con fervor; el volcán abierto su cráter y lanzado su lava, tres siglos aprisionada en las entrañas de su suelo encadenado. La savia había sido fecunda y nuevas generaciones brotaban llenas de entusiasmo a compartir anhelantes las glorias libertadoras y los laureles del triunfo. La ofrenda era bella y el suelo de la Patria nutrido con sangre de valientes fructificaba con abundante prosperidad. La tiranía española debía morir: su sepulcro estaba abierto en los campos de batalla y la Patria libre, magnífica y gloriosa, levantábase radiante mostrando al mundo su faz joven y altiva.

Necesario es que mencionemos la campaña libertadora, ya que sin antecedentes mal fundados irían los conse-

guentes. Bolívar concibió la magna empresa: liberrar la Nueva Granada. Contaba con su alma de patriota, con su fecunda inspiración y con una legión de valientes que se disputaban con orgullo el honor de libertadores. El ejército pobremente vestido, anhelaba, no obstante sus penalidades, marchar a combatir al enemigo, dueño absoluto de un territorio fértil, y teniendo como aliado al Dios oro, corruptor de ideales, subyugador de conciencias, creador de ádictos.

Mil obstáculos se oponían a aquella campaña visionaria. En ella iban a luchar la libertad y la esclavitud, disputándose el dominio de un pueblo. Todo estaba por parte del más fuerte, menos la justicia de la causa. Bolívar con su visión futura veía desaparecer los obstáculos ante la constancia de su amor y la belleza de su sacrificio. Su voluntad de acero dominaba el terror del fracaso y alentaba con su alma la desesperanza; se muestra genio y hombre; encarna en él la libertad y marcha, la cabeza envuelta en la bandera, a conquistar las glorias, empezando sus triunfos que aun no han terminado.

Decididos los jefes republicanos a llevar a cabo la campaña granadina, propone Bolívar su plan invasor: atravesar los Andes y sorprender al enemigo en su casa. Todos lo acogen con entusiasmo y él empieza a realizar su sueño de Casacoima. Páez con sus llaneros obraría en Apure contra el enemigo que quedaba a espaldas; Bolívar con el grueso del ejército marcharía a reunirse en Casanare con Santander.

De Mantecal salió Bolívar para Guadalupe, en donde acordó definitivamente con Páez su campaña. De allí continuó su difícil expedición, atravesando las pampas inundadas, las selvas emmarañadas y los ríos desbordados. Era la época del invierno que hacía intransitables aquellas comarcas. En Tame encuentra a Santander, que con alma esforzada había creado un cuerpo, el de vanguardia, digno de combatir al lado de sus jefes. Unidos emprenden el camino de las fatigas y de los dolores: vuelan por las llanuras, cuidando más del fusil y de las municiones que de su propio cuerpo, aterido y débil; llegan al pie de la cordillera que como un enorme titán los separa del enemigo. Bolívar decide pasar su ejército por el Páramo de Pisba y se pone a su cabeza para alentar con su valor y calentar con el fuego de su corazón el frío de la cumbre. Días antes, en la Aldea de los Setenta, Bolívar como todo genio, quiso consultar la opinión de sus compañeros sobre aquella empresa, llena de penalidades que a nadie ocultaba. Nadie vacila en seguir al astro luminoso de la América, al creador de un mundo nuevo.

Atravesando el Páramo, único lugar que el enemigo descuidaba por inaccesible, y donde más de 200 soldados, enseñados a los ardientes climas de los llanos, perdieron la vida sepultados en las nieves, como ofrenda de patriótico amor al rey de las cumbres, Bolívar, que cual otro Aníbal

había compartido con los soldados sus penalidades y dolores, descende a los fértiles campos y empieza la epopeya de sus triunfos, cuyo eco debía repercutir por una eternidad. Sus épicas proclamas resuenan en el corazón de las provincias despertando el dormido patriotismo; a medida que avanza sus filas engrosan y el enemigo atemorizado siente el castigo de sus crímenes.

Pequeños triunfos en Paya, Gámeza, Molinos de Tópa-ga y otros inician la lucha. Barreiro, el audaz e intrépido jefe español, encargado por Morillo para castigar la audacia de Bolívar, ve el poder eclipsador de aquel hombre y vacila y duda del triunfo. Mientras tanto Bolívar avanza siempre victorioso y llega el 25 de Julio a situarse en Pantano de Vargas, donde el ejército realista estaba atrinchera-do y dispuesto a aplastar para siempre el ejército independiente. Acorralado este en un desfiladero y entre dos fuegos, la patria vacila y la libertad hubiera muerto si Rondón, Infante y Carvajal no la hubiesen salvado con sus llaneros, arrancando al español el odioso dominio y vuel-to pedazos el tiránico poder. El Pantano de Vargas es considerado por muchos historiadores el punto principal de nuestra emancipación, ya que Boyacá fue la consecuencia de aquella derrota.

Desde ese día los dos ejércitos se limitaron a observarse mutuamente sus movimientos, hasta el 4 de Agosto, en que los patriotas simularon un ataque, y entrada la noche contramarcharon caminando toda ella, burlando la vigilancia del enemigo, que confiado quedaba en Paipa, sobre las alturas que dominan a Tunja. El día 5 por la mañana el ejército patriota pasa por el pueblo de Cibatá y a las 11 se apodera de Tunja, cuyo gobernador D. Juan Loño acababa de salir con el regimiento 3º de Numancia, en auxilio de Barreiro. Este, deslumbrado con tanta osadía y viendo cortada su comunicación con Santafé, camina a marchas forzadas al pueblo de Motavita, no lejos de Tunja. El 7 por la mañana el jefe realista hace mover su ejército con dirección al puente de Boyacá, esperando interponerse entre el ejército republicano y la capital. Bolívar, que desde las alturas de una colina lo observa nervioso, y con ardiente entusiasmo exclama: "ya es nuestro", corre a la plaza de Tunja donde el ejército, impaciente por vencer, espera sus órdenes. «A ocupar el puente de Boyacá», dice el héroe y todos parten a conquistar laureles, mientras él monta en el carro de gloria para recorrer triunfante la América.

Eran las 2 de la tarde. El cielo nebuloso y triste; el sol empañado con el llanto de los huérfanos, ocultaba su disco. Los dos ejércitos se acercaban por diferentes caminos, sin saber que uno u otro podían encontrarse en un momento dado. Las banderas tricolores van desplegando los orgullosos tintes de sus pliegues. De repente se oye un grito; el enemigo! El enemigo! el enemigo!, repiten a un mismo tiempo los bandos encontrados. Como por encanto sopla el

viento; disípanse las nieblas y el sol luce esplendente su disco refulgente, augurando venturas a su émulo el Sol de la Libertad.

Un escuadrón del ejército republicano intenta desbandar el ejército realista. Barreiro confiado en que sólo es un cuerpo de observación, no se preocupa y manda al capitán Tolrá que despeje el camino, mientras el grueso del ejército continúa la marcha por el camino. Mas avisado el Libertador de la presencia del enemigo, precipita la marcha y aparece de repente dominando la colina interpuesta entre los dos caminos.

Repelida la columna realista que iba en persecución de los exploradores patriotas, por el coronel París, con los cazadores de vanguardia, hacia una casa de teja de donde son igualmente desalojados, y perdida esta última y favorable posición, los realistas pasan su vanguardia por el puente y se parapetan del lado opuesto. Entretanto el ejército republicano descende para atacar el grueso del ejército español, mientras la caballería marcha por el camino para forzar el puente. Barreiro que esto ve corre a pasar el puente, pero no logra su intento porque se le interponen los batallones Albión y Rifles, mientras Cruz Carrillo, Ambrosio Plaza, con los Bravos de Páez y Barcelona, e Infante con su escuadrón de caballería lo acometen por el centro. Barreiro se detiene, cambia de dirección y sube rápidamente a una meseta que está a su derecha y allí se forma en batalla, colocando en su centro la artillería.

Las tropas libertadoras se despliegan en batalla: la izquierda a órdenes de Santander está compuesta de los batallones Nueva Granada, Guías y Cazadores de Vanguardia, los otros cuerpos, a órdenes de Anzoátegui, forman el centro y la derecha. Bolívar desde una altura domina el campo de la lucha: a su lado está el Estado Mayor con su jefe Soublette, y al pie de la colina, y al alcance de su voz, agitados, deseosos de lucha, se encabritan los caballos de Rondón y Mellados.

De pronto ruge el cañón, crúzanse los fuegos, el humo oscurece el sol; empurpura la sangre el brillo de las bayonetas y tiembla el suelo y se oyen los gritos lastimeros de los heridos. "Sobre la negra nube que presagia un desastre se divisa una aurora, y Bolívar agrega a nuestra historia una página más, donde su espada escribe: Boyacá!"

Rápidamente la batalla llega a su mayor intensidad; Anzoátegui siempre ardiente, ordena a Plaza desalojar a Jiménez, segundo de Barreiro; al mismo tiempo los batallones Rifles y Albión, empujados por él suben a la meseta, en donde Barreiro se sostiene a pie firme. La metralla abre claros en las filas republicanas, que no vacilan ante el ejemplo de su jefe, que intrépido como ninguno cruza en su caballo en medio de torbellinos de metralla, con osadía sin igual. Acrece la lucha; los Bravos de Paez refuerzan a Anzoátegui, que carga a la bayoneta y ataca como un alud a los Cazadores del Rey. Ceden estos ante el furor y se replie-

gan llenando de confusión las filas realistas. En este instante ordena Bolívar a la caballería concluir: suenan los temidos clarines que aterraron a Barreiro en Vargas y los impacientes corceles se lanzan con furor y odios sagrados, acometiendo al enemigo. «Firmes y viva España» grita Barreiro, mas todo cede ante la lanza de Rondón, Infante, Mellados y Mujica. El terror se esparce por las filas españolas y Barreiro, envuelto, comprende la derrota. Como un héroe combate al pie de sus soldados, hasta que herido y ensangrentado, un soldado, Pedro Martínez, lo toma prisionero.

Con Barreiro y Jiménez quedan prisioneros 1600 soldados, la artillería, la caballería, las banderas, municiones. Todo en poder del vencedor. «El escudo roto y en pedazos el cetro colonial» Bolívar saluda a Colombia y a la América toda. Su pueblo era libre, su gloria empezaba.

A los tres días entra en Bogotá, coloca la primera piedra del edificio grandioso de la República, como primer fruto de aquella jornada; «altera el mapa de la América y marca con su espada de fuego los límites inmensos de Colombia.»

La batalla de Boyacá, no inmortal por su magnitud, ni por el número de muertos que en el campo de la lucha quedaron, tiene en la historia del mundo un puesto de preferencia. Por ella un pueblo oprimido obtuvo libertad y las naciones civilizadas sintieron el triunfo de la justicia. Por ella cinco naciones entraron a formar parte de la familia de los libres y nuevas tendencias redentoras se esparcieron, con benéfico provecho por todo el mundo.

Como consecuencia inmediata trajo para la Nueva Granada la liberación de nueve provincias: la del Magdalena, libertada por Anzoátegui; la de Antioquia por José M^a Córdoba, quien arrojó de ella al Gobernador Carlos Tolrá, proclamando la provincia su independencia absoluta el 30 de Agosto de 1819; la del Chocó por el Capitán Juan M^a Gómez, enviado de Córdoba para salvarla del odioso mandarín Juan Aguirre; la del Cauca libertada por el Teniente Coronel Juan M^a Alvarez, el que cerca al Guanábano dió muerte a su Gobernador Pedro Domínguez y 80 compañeros más; la de Pamplona, con excepción de los valles de Cúcuta, libertada por el Coronel Pedro Fortoul, quien arrojó de ella a su gobernador José Bauzá; la del Socorro por el Coronel Antonio Morales (1); y las provincias del Sur libertadas por el Coronel Ambrosio Plaza y otros Jefes republicanos, quienes hicieron capitular a Calzada. En esta campaña el Obispo Jiménez de Padilla influyó eficazmente con el clero de su diócesis para que los habitantes del Sur se levantasen contra los enemigos del Rey, a quienes excomulgó y anatematizó.

(1) El mismo del 20 de Julio de 1810. Este arrojó al Gobernador Lucas González.

Libertadas las provincias, Bolívar atendió a su administración, consultando la opinión general y satisfaciendo las exigencias de ellas para probarles los preciosos dones de la libertad adquirida. Estableció en cada una un jefe militar y otro civil, encargando a ambos de cooperar con soldados y armas y dinero al aumento del pie de guerra que debía emplearse en libertar las demás provincias y arrojar para siempre del continente americano al español. Instaló el gobierno central formado por tres poderes. Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Nombró Vicepresidente a Santander, quien se encargó del Ejecutivo, puesto que desempeñó con admirable pericia. Así quedó constituida la República de Colombia.

Inmediatamente el Libertador partió para Venezuela, donde debía dar cuenta al Congreso de su campaña en Nueva Granada, y pedir la pronta creación de La Gran Colombia, su sueño dorado.

Aparecen como primeros frutos de la independencia el adelanto de las provincias. Aisladas como vivían unas de otras no sabían lo que pasaba en su exterior, las vías de comunicación eran pocas y sus gobernadores en nada se esforzaban para hacerlas progresar, atendiendo únicamente a su enriquecimiento propio, sin cuidarse por el adelanto de ellas. Llega el preciado don de la libertad sellada en Boyacá; cambian los gobernantes y los regímenes; un nuevo gobierno liberal y entusiasta sucede al viejo amo: el progreso golpea las puertas abiertas por las armas victoriosas de los independientes.

La primera era la marca la I. P. Atrasada como estaba en tiempo de la colonia, empieza a florecer y dar preciosos frutos que la Patria mira con orgullo. En nuestra querida Antioquia, quizás la más oculta entre sus altas montañas, se siente el vivificante jugo de aquellos frutos; las escuelas se ven colmadas por los que, anhelantes de saber, quieren ser los primeros en servir a la Patria. Los primeros gritos de libertad despiertan con entusiasmo único a los dormidos moradores, que ansían beber libertad y atronar el cielo con sus gritos de alegría. Los hombres que por aquellos tiempos tenían mediana instrucción dedican sus mejores horas a la enseñanza del pueblo haciendo la benéfica labor de formar los ciudadanos de la República, los que mañana ocuparían los puestos a que ella los llamara.

La batalla de Boyacá con su ruidoso éxito produjo una verdadera transformación en las provincias, transformación que efectuó en el conjunto de su vida, cambiando totalmente su existencia. En Antioquia por ejemplo, al saberse la noticia del triunfo de Bolívar y la caída del Gobierno realista, la provincia sintió la conmoción de un terremoto que derrumba para siempre los edificios de un gobierno absolutista y cruel. Sus habitantes sin comprender en un principio aquella causa, sentían el influjo de una agitación que los movía a abrazar la nueva vida de ilusión.

nes. Viéndose libres y comprendiendo su igualdad ante la ley que emanara de sí mismos, crecía su amor por la tan deseada patria y todos querían probar su agradecimiento ofreciendo su sangre en aras de la libertad. El nuevo gobierno era atendido con amor y su adelanto notorio, viéndose abrirse las nuevas vías de comunicación, el decaimiento de los odiosos amos, y la organización bajo un régimen igualitario. Fúndanse colegios y escuelas (la Universidad fue fundada por orden de Santander en 1822); ensancháanse las empresas mineras, empleando nuevos adelantos para extraer los preciosos metales y foméntase el comercio interior y exterior como medio eficaz de acercamiento entre los pueblos. Y lo que en Antioquia sucedía, era imitado por las otras provincias, notándose poderosa actividad y gran patriotismo.

Los ciudadanos prestaban a la Patria el apoyo de sus riquezas, el óbolo de su cariño, manifestado por el estudio constante para engrandecerla; se escribían sus glorias, se cantaban sus triunfos y el entusiasmo por sus héroes era motivo de orgullo. Aparecieron las hojas periódicas que lucían con grande patriotismo su admiración al gobierno, prestándole su poderosa ayuda; el ejército era auxiliado y los soldados marchaban gustosos a combatir donde la Patria necesitaba sus servicios; los empréstitos eran recibidos con la mejor acogida y el gobierno mirado con respeto por todos los ciudadanos. Una de las mejoras de más provecho fue la de dotar a cada población de un Concejo Municipal, encargado de velar por el adelanto de sus respectivas jurisdicciones. Las leyes emanadas del gobierno central eran acatadas y estrictamente cumplidas en las provincias como prueba evidente de armonía. El sufragio que nivela todos los ciudadanos ante la ley era respetado y los representantes del pueblo iban, ya a las capitales de las provincias para formar las Asambleas o bien a la capital de la República para formar las Cámaras y el Senado, que son los únicos poderes que pueden emitir las leyes que gobiernan nuestra nación. Parecía que una nueva alma se había apoderado de los pueblos, tanto era el cambio que en ellas se veía. A la apacible vida colonial siguió el entusiasmo y la agitación de la vida independiente; aparecen las alegrías y los halagos que el luto de pasados días alejara de las familias, y las marchas triunfantes del progreso dejan su estela de luz. Las industrias, las artes, las letras, el comercio, todo toma su iniciativa propia, queriendo ser cada uno la vanguardia de los otros. El humilde colono, acostumbrado a vivir con la cabeza inclinada por el respeto a «su Rey», se transforma en el ciudadano altivo, que amparado por la ley es igual en todo y por todo al más alto ciudadano de la República. Se acaban las viejas y rancias ideas de vasallaje y la libertad se esperece por todas partes destrozando cadenas y aboliendo la odiosa esclavitud; surcan las aguas de nuestros ríos los primeros vapores, sintiendo con el azote de las hélices, la caricia reden-

tora del progreso y Colombia, antes olvidada y sola, entra a formar parte de la gran familia de los pueblos libres.

Al través de la Historia * * de la humanidad nueva, y en especial de la historia de América, la batalla de Boyacá ha marcado una senda que todos los pueblos jóvenes de un continente siguen con religioso respeto: la senda de la libertad. Por ella una raza dominadora y altiva va camino de la preponderancia que en todos los tiempos aparece tentadora, incitante y provocativa, como fin único de un pueblo que busca el apogeo de su grandeza.

Boyacá resuena en las cumbres, en los valles y en las selvas de América. En todas partes simboliza la soberanía de una raza, llena de ideales, de altas miras encaminadas al progreso. Por ella cinco naciones vieron la luz y viven con vida propia; por ella un continente está libre de tiranos; de odiosas monarquías que por más de tres siglos encadenaron su suelo y esclavizaron a sus hijos; por ella revivió la sangre americana, altiva y libre con los hijos de sus selvas; por ella las naciones hispano-americanas se muestran orgullosas a la faz del mundo, ostentando el adelanto de sus ciudades, la prosperidad de su comercio, el avance de sus ciencias, el engrandecimiento de sus hombres. Sus frutos empiezan a recolectarse con admirable prosperidad en América. Las flotas surcan los mares llevando los productos americanos a tierras extranjeras y trayendo la civilización a sus hogares; su suelo entretendido por ferrocarriles, une los pueblos y los acerca con vínculos de amor y de paz; por sus ríos corren altivos los vapores, veloces mensajeros del progreso, y las selvas vírgenes desaparecen ante la caricia segura de la sierra, que las transforma en ciudades activas, que muestran con soberbia los penachos de humo de sus fábricas, la solidez de sus edificios, la majestad imponente de su belleza.

Un siglo ha que la América se conmovió: témblaron las cumbres de los Andes, y se borraron los límites de antiguas posesiones. Una nueva vida, un nuevo ambiente y un nuevo pueblo apareció. Cinco naciones, cuyos límites marcara Bolívar con la gloriosa espada de la libertad, en la visión futura de los tiempos, forman el núcleo de una raza una en ideales, en idioma, en religión. Un siglo ha que las cadenas rodaron destrozadas por la espada del derecho que esgrimiera un pueblo libre, contra infames impositores, y que un gobierno representante de aquel pueblo imparte con justicia las leyes sabias que rigen las naciones, ordenan las sociedades y amparan a los individuos. Ya no es la voluntad absoluta de un hombre privilegiado por la casta la que impera; no es el capricho de una corona, ni el cetro imperial el que domina; es el magistrado sabio y probo que por su mérito propio, y llevado por el voto popular, fiel exponente de los derechos ciudadanos, llegó a ocupar la dirección de un pueblo, respaldado en leyes emanadas por los mismos representantes de él

BIBLIOTECA

y que en hora dada impiden los abusos que en los altos puestos se cometen. Todo esto debemos a los padres de la Patria, a Boyacá.

De aquí nació la República que se ha conservado a través de épocas de ventura, de sangre y de llanto, pero que aún guarda parte de aquel bello ideal de Bolívar: la Gran Colombia. Sus Constituciones han sido respetadas, sus leyes estrictamente estudiadas y adaptadas a las diversas épocas; su soberanía, aunque un tanto ultrajada, se conserva, y el derecho de los libres impera en ella.

^{**}
BOLIVAR! Su nombre basta para crear en el alma un amor infinito por el héroe. De Boyacá a Ayacucho recorrió triunfante los campos de la lucha, montado en el carro refulgente de la diosa Fortuna, y teniendo por alados corceles los triunfos de la Patria. Por doquiera regó libertad y en su siglo de ventura su nombre pertenece a la Humanidad y al Cielo. En España, nuestra madre querida, se le adora: sus ciudades le consagran avenidas y plazas y estatuas; en toda Europa se le honra como bienhechor de la Humanidad y en el cielo de los mundos ignorados, su nombre está escrito con la luz de un planeta: Boliviana.

Y qué diremos en América? Desde las cumbres más altas hasta los valles más profundos la gloria de Bolívar ha llegado imponente con su cortejo de amor. El cañón que en Boyacá tronara anunciando al mundo la libertad del pueblo americano, resuena aún en las más apartadas regiones de la tierra; el alma de la independencia aún flota en el ambiente de las multitudes. Ella se deja sentir en los campos de batalla luchando por sus fueros; en los Congresos pidiendo seguridad para los pueblos y en las plazas públicas clamando en las multitudes amparo y protección para los desamparados. Y esa alma independiente, esa que flota en todas partes, nació de Boyacá, de Bolívar. El la creó con su genio y Boyacá la hizo volar libre por el mundo abatiendo con las potentes armas del derecho sus enemigos: los amigos de la esclavitud.

De Boyacá brotó el entusiasmo por los padres de la Patria y por sus glorias. De ese triunfo luminoso nació ese amor inagotable, transmitido a nosotros de generación en generación, y el cual debemos cultivar con creciente fervor. Los mártires que sacrificaron su vida en los altares de la Patria deben ser adorados por una eternidad y su memoria grabada en nuestros corazones. En América donde cada corazón palpita al oír el nombre de Bolívar, se le honra consagrándole naciones, departamentos, ciudades. En muchas de ellas su estatua preside y en muchas las lágrimas de la gratitud han corrido al conmemorar los felices días de la Patria gloriosa.

El mundo entero quiere hoy honrarlo y como testimonio de su admiración pretende realizar sus sueños. Los sueños de Bolívar!! Ah! cuán gozoso estará, allá en la mansión de los escogidos, él, al ver que uno de sus ideales, la Unión

hispano-americana, vuelve a surgir del olvido. Sí, porque él luchó hasta morir por la unión de los hijos con la madre bondadosa, que después de un siglo de vida independiente nos llama con amorosa voz para que formemos una sola alma que habite varios cuerpos hermanos en fé y en ideales. Su rey, Alfonso XIII de Borbón, ha lanzado a la América la hermosa ofrenda de la reconciliación; quiere vernos como a hijos de España y espera, como Bolívar, que la unión nos haga fuertes para luchar y grandes para vivir.

Y qué es la Liga de las Naciones sino otro sueño de Bolívar? Unir el mundo, evitar las guerras, vivir en paz, todo lo pensó Bolívar, todo estuvo en su cerebro y en su alma. Vió la transformación de los pueblos en la evolución de las ideas; contempló el futuro de América y su engrandecimiento y previó la ambición del coloso del Norte. Trabajó por la alianza de americanos contra el enemigo común y abrió el interrogante. ¿Quién puede imaginar que así los que han de ser vencidos en la lucha, como también los triunfadores todos cooperan a un mismo fin? Propósito superior en los unos, a la voluntad que toma empeño en combatirlo, en los otros a la tendencia impulsiva que los arrastra; en todos a las contrarias fuerzas que se repelen con fracaso y a los fines porque se sacrifican. Quién les haría creer que agentes inconscientes los más, ceden sin advertirlo a extraña voluntad, y eficazmente sirven a los designios de un Sér, que oculto en las tinieblas de lo infinito dirige como de presente el desenvolvimiento de los pueblos en el progreso humano y a su arbitrio cambia las elevadas cumbres en profundos abismos, transforma el polvo en donde se abaten los imperios, en regueros de luz y del antro sombrío donde esgrimen sus armas los gladiadores del sofisma hace surgir el sol de la verdad, puro y resplandeciente?»

Bolívar frustró con su Unión Americana el plan de reconquista de la Santa Alianza. Esta se proponía someter las colonias sublevadas; dar a España su dominio y lucrarse ella de los beneficios que le correspondían como dueña y señora. Un plan utilitarista que, poniendo como medio el de devolver a España sus dominios, pretendía sólo ejercer supremacía en América.

Su grandeza ha sido cantada por todos los artífices de la palabra o el pincel, o del mágico buril. Allí están en gloriosa legión Rodó, Montalvo, Blanco-Fombona, Darío, Nerivo y tantos otros que en América le han dedicado su corazón y sus estrofas. Allí están Frémiet y Tenerani que grabaron su imagen dando vida al bronce; allí está Unamuno que desde España le dice: "nuestro Bolívar", con cariño fraternal. Su nombre ha servido de bandera en las revoluciones que buscan como fin la libertad. No muy lejos de Boyacá está la de Riego y Quiroga, hija de nuestra emancipación. No os extrañéis. Era en 1821. El pueblo español agobiado por el despotismo de Fernando VII gemía; los sucesos del Nuevo Mundo mirados con cariño y envidia por el pueblo, deseoso de las mismas libertades, y

de un caudillo que les arrancara aquella pesada carga de tiránica opresión. Suena con mágico halago el triunfo de Boyacá; brota el entusiasmo, palpitan los corazones al unísono de América y nace la revolución. Esa revolución tanto tiempo esperada y cuyos gérmenes habían salido de América. Oprimido el pueblo español quería ser libre; aun que expatriados o encarcelados o proscritos los principales adalides del sistema liberal y perseguidos con rigor sus demás partidarios, el aumento de los impuestos, el descontento y los atrasos de la hacienda, la paralización de las artes y del comercio, la persecución en masa contra un partido habían predispuerto la opinión del vulgo en su favor, desprestigiado al rey y preparado un trastorno político. No faltaba sino el caudillo que alzara el pabellón y arrastrara las multitudes. El horror al absolutismo se había apoderado del alma española, y como efecto de él, surgiendo las conspiraciones llevadas contra Fernando VII en los años de 1813 a 1819. La primera hecha en el 14 con Mina por Jefe; la segunda en el 15 por Porlier; la tercera en el 16 con Richard; la cuarta en el 17 con el Gral. Lacy y la del 18 con el coronel Vidal. Todas habían fracasado, por falta de preparación pero todas movidas por el mismo deseo de libertad. Mas las ideas no se encierran en los calabozos, ni se matan con las bayonetas, antes bien florecen y se propagan con la sangre de sus mártires.

Al finalizar el año 19—después de Boyacá—, los españoles quisieron seguir el ejemplo de sus hermanos de ultramar. Fue el 1º de Enero de 1820, cuando el comandante del batallón Asturias, D. Rafael del Riego, arengó a sus soldados, acantonados en el pueblo de Cabezas de San Juan, (1) y tomando la bandera de la Revolución lanza el grito de *Viva la Constitución de 1812*. En su ayuda viene el coronel Quiroga, prisionero en Alcalá de Gazules, se escapa y al frente de los batallones de España y la Corona proclama la Constitución. Empiezan sus luchas y penalidades pero al fin vence la fuerza de la justicia y España se siente salvada. El rey jura la Constitución y promete la libertad a los españoles. Las jóvenes repúblicas suramericanas reciben con alegría este nuevo triunfo de su causa y en Bogotá llega a cantarse el himno de Riego.

En la misma Francia, cuna del derecho, el nombre de Bolívar era tomado como sinónimo de libertad. Los revolucionarios de 1820, con el nombre de Bolívar en los labios, en canciones patrióticas y con entusiasmo de valientes tomaron a París.

La revolución de España abatió para siempre los despotismos en la vieja Europa. Bolívar, que había concebido el inmenso plan de libertar la América e invadir con sus legiones victoriosas a España, vió con satisfacción el prin-

(1) Fernando VII había organizado una expedición contra América y encargado de ella al Conde de Abisbal, reemplazado en su mando por el sanguinario Conde de Calderón.

cipio de su deseo, alimentado por la savia robusta de los amigos de libertad y los enemigos de la tiranía. Las sublimes y redentoras ideas de republicanismó brotaron en Europa y la conmoción de América hizo temblar a muchas de sus viejas dinastías, que creyéndose soberanas ejercían su poder despótico, sin contar con que su organismo estaba minado, falto de justicia su gobierno.

Desde entonces Europa vacila: desde entonces el mundo entero acogió con entusiasmo el ideal de Bolívar, la república universal, y parece que quiere realizarlo.

Adquirida la independencia era preciso conservarla y hacerla reconocer por los demás países. Era lo primero que debía hacerse ya que sin esto las relaciones no podían entablarse y decaería naturalmente. Las gestiones con los gobiernos europeos son de primordial importancia. Bolívar envía comisionados encargados de hacer reconocer la independencia absoluta de Colombia. En 1822 la Cámara de Representantes de los Estados Unidos vota con 53 votos contra uno el reconocimiento de la independencia de los suramericanos y envía su ejemplo al Senado, que hace lo mismo. Inmediatamente envía como Ministro Plenipotenciario a Mr. Richard C. Anderson, recibido en audiencia solemne por Santander el 16 de Diciembre de 1823. Colombia nombró como su representante a D. Manuel Torres, quien hizo reconocer la independencia, y a él le sucedió el Dr. José M. Salazar, recibido por Monroe el 7 de Junio de 1823.

En Europa los enviados consiguieron de la Gran Bretaña que reconociera la independencia el 2 de Enero de 1825 y Colombia nombró como ministro y enviado extraordinario a Don Manuel Hurtado, siendo así la primera nación americana que tuvo representación en el Gabinete inglés. El reino de Suecia, aunque no la reconoció como independiente, estableció relaciones comerciales y nombró como agente consular al caballero Severino Leonish.

En Suramérica las relaciones diplomáticas marchaban con mayor seguridad: Se hicieron tratados de Alianza y confederación con el Perú, Chile, y Argentina. A ello fue destinado D. Joaquín Mosquera, nombrado ministro especial. El 6 de Junio de 1822 firmó el tratado con el gobierno de Lima, cuyo plenipotenciario era el argentino Bernardo Monteagudo; el 21 de Octubre del mismo año el de Santiago de Chile, cuyo Ministro era D. Joaquín de Echeverría. Estos dos Estados se comprometían a un pacto de federación y a enviar al Congreso proyectado en Panamá, ideado por Bolívar—como medio de unión del continente americano y previendo en el futuro el poder absorbente de los Estados Unidos,—un representante que ayudara al engrandecimiento de las labores de aquel Congreso, fundamento de la alianza suramericana contra el enemigo invasor, que olvidando los derechos que acompañan a los pueblos débiles pisotea sus tratados imponiendo la fuerza de las armas y el oro como encubridor de villanías.

Buenos Aires no correspondió como lo esperaba Bolívar,

pero el 8 de Marzo de 1823 firmó Mosquera con D. Bernardo Rivadavia, ministro argentino, un tratado de amistad. Quedaron constituidas las relaciones diplomáticas con las naciones suramericanas y los respectivos gobiernos enviaron sus representantes ante Colombia, la que a su vez nombró los suyos, estableciendo legaciones en Lima, Santiago y Buenos Aires, nombrando para desempeñarlas respectivamente a D. Cristóbal Armero, a D. Manuel Salas Corvalón y a D. Gregorio Fumes. En Centro América, Méjico fue la primera en firmar un tratado de confederación y alianza, con el representante de Colombia, Sr. Santamaría, tratado que firmó D. Lucas Alaman como Ministro de esta nación.

Sin estas relaciones diplomáticas nuestra nación no hubiera podido entrar en la vida de las naciones libres, ya que si no se reconocía un gobierno, no hay independencia. Boyacá nos legó esta otra garantía en la vida futura de Colombia.

Mas aparece el gran problema: Qué gobierno debía darse a la América? Esto pensó Bolívar después de Boyacá. Difícil sería para nosotros dar la solución, ya que el punto es de alta trascendencia. Consultar el estado general de los pueblos, estudiar sus costumbres, su adaptación a las innovaciones y aun las mismas condiciones del suelo, son las únicas vías que podrían darnos algunas luces. Muy a la ligera, ya que la premura del tiempo no nos ha permitido dedicarle la atención que merece, trataremos de dar nuestra opinión.

Es verdad que la América, sometida desde la conquista por España a la autoridad monárquica, estaba compenetrada de servilismo; el rey era mirado por el pueblo como algo sagrado e inviolable y su autoridad acatada con religioso y fanático respeto. La ignorancia que en las diferentes clases reinaba, contribuía poderosamente a afianzar muy hondamente las ideas monárquicas, seductoras para los amigos de pomposas fiestas y de ridículos títulos de nobleza adquiridos a fuerza de humillaciones. Como ejemplo de ello estaba Lima, la ciudad más realista del Nuevo Mundo, y donde las ideas monárquicas estaban más bien cimentadas. La forma monárquica parecía la forma de gobierno apropiada para América, pero Bolívar que veía y comprendía sus transformaciones futuras no quería arrancar el centro para cambiar de amo. Sintió llegar las ideas nuevas, aproximarse la igualdad de los individuos, el destronamiento de los reyes y el ruidoso triunfo de la democracia. Estudió el suelo americano y comprendió que las coronas y los centros caerían en América como los árboles viejos, por su propio peso. Méjico estaba como prueba de su acerto: su imperio había tenido una vida efímera y su emperador Iturbide muerto trágicamente, sin haber reinado dos primaveras.

Una poderosa fuerza se oponía a sus convicciones republicanas: el clero y la nobleza criolla. Ambos querían

conservar sus prerrogativas y eran netamente realistas. En Perú, Chile, Venezuela, Argentina y aun en Nueva Granada se querían soberanos de la pseudo-nobleza americana, que fuesen elevados a la categoría de reyes. Otros llevaban sus exigencias hasta pedir que se llamase a un Infante de la Casa de Borbón, para que gobernase a los nuevos estados y los más osados propusieron a Bolívar que se proclamase rey. Entre estos podemos citar al fracasado Protector del Perú, D. José de San Martín, que eclipsado por la luz que el Libertador lanzara sobre el Nuevo Mundo huyó de él, no sin antes haberlo calumniado, y haber dado pruebas de antipatriotismo trabajando por la restauración de la monarquía. Ahora entre nosotros tenemos a Santander y a Páez, decididos amigos de la Monarquía, y aun más a jefes de la nación que más tarde llegaron a llamarse como Tomás Cipriano de Mosquera, Tomás 1°.

Todos los elementos parecían conjurados contra la República: sus hombres, sus costumbres, su raza. No obstante a todos y a todo vence Bolívar con su Ideal. Tomando como ejemplo a la floreciente República del Norte y amparado por su genio implanta en el Nuevo Mundo el régimen republicano; iguala a los individuos, aboliendo la esclavitud y crea el hermoso título de ciudadano, sugestivo y grande en contraposición al oprobioso de súbdito.

De Boyacá nació la República, consolidada para siempre. La República envidiada por todos los pueblos, como única forma de gobierno digna de gobernar hombres, y crear amores y progreso; la República que considera el individuo por el individuo, la que establece igualdad y protege sin distinción al potentado y al pobre, al plebeyo y al noble. Por ella son respetadas nuestras íntimas convicciones; por ella el presidente no pertenece a determinada casta, sino que gobierna por sus merecimientos, por su ilustración y sin haber sido elevado al puesto por caprichos de cuna.

Cada día que pasa se admira más a Bolívar y a su obra. El adelanto a que ha llegado la América se debe a su gobierno; a ese gobierno que Bolívar le dió sobreponiéndose a las ambiciones; desechando grandezas que lo hubiera empequeñecido y ocultado su gloria. El nos legó como prueba de verdadero amor la República nacida el 20 de Julio de 1810 en la inolvidable encarnación de la Junta Suprema.

La Patria, como una niña en los albores de su nacimiento, tuvo sus primeras penas en las guerras civiles de 1811, que rasgaron su túnica y mancharon sus vestiduras con sangre de hermanos. Más tarde Bolívar le regala un manto de oro, bordado con el triunfo de Boyacá, y adornado con las piedras preciosas que el 17 de Diciembre de 1819 le pusiera Francisco Antonio Zea en el Congreso de Angostura al proclamar la creación de la Gran Colombia, se encamina orgullosa a mostrar en Carabobo su valor juvenil, arrojando las huestes iberas. Tomando airoso el luciente pabellón tricolor se lanza a libertar a sus hermanos

del Sur, clavando el oriflamá en las cumbres del Pichincha. De allí parte apoyada en la inviolada espada de Sucre y azota en Junín el rostro al enemigo, para seguir triunfante del brazo de Córdoba que en Ayacucho sube con ella a las encumbradas cimas del Cundancurca y clava en ellas el iris de Colombia, para que altivo tenga por compañeros el Cóndor imponente y el cielo azul de la Libertad.

Bibliografía.

Memorias de O. Leary. Historia de D. José Manuel Restrepo. H. de Henao y Arrubla. H. de Groot. Bolívar por los grandes autores americanos. Páginas históricas. H. de Antioquia por don Alvaro Restrepo y Euse. H. de Quijano Otero. Bolívar y San Martín por Carlos Villanueva. La Monarquía en América por Carlos Villanueva. La Federación en Colombia por José de la Vega. Bolívar por Jules Mancini. Bolívar Intimo. Discurso del Padre Mateo. Colón en el Centenario de Colombia en 1910. Historia de España por el Padre Mariana.

Antonio Molina Uribe.

(Del "Ateneo Nuevo").

La Batalla de Boyacá

afianza la evolución de Colombia.

No era posible continuar por más tiempo el sueño que parecían dormir las Colonias españolas: ya estaban demasiado robustas y era preciso que sacudieran el tutelaje de su madre España.

El país estaba dividido en castas que hacían imposible la vida; los españoles que arribaban a nuestras costas eran, generalmente, aventureros de baja posición social. A pesar de ésto, se daban aires de grandes señores, lucían su vanidad y ésta era aumentada por la Corte, que les daba fueros de nobleza a cuantos pisaban nuestras tierras. Despreciaban al obrero y le increpaban su vileza: preferían morir de hambre a ver manchadas sus manos con el trabajo. El trabajo!, único elemento que dignifica hombres y moraliza sociedades. Como los «chapetones» eran los únicos encargados de los puestos de alguna importancia, aprovechaban esta coyuntura para enriquecerse a costa de las demás clases y para cometer cuantas iniquidades les fuera dable.

Los mestizos, que formaban la mayoría de la población, ahogaban en sus pechos un fermento de odio, de odio profundo que más tarde había de estallar con consecuencias trascendentales; sostenían una posición nada sincera: tan pronto como deificaban a los «chapetones», les increpaban sus miserias.

Y los indios, los infelices indios sufrían indecible; estaban sometidos a la ley de la «mita», y en virtud de ella los «mitayos» eran obligados a abandonar sus hogares y condenados a trabajar por un año en tierras lejanas, siendo víctimas de los cambios repentinos de climas que fue lo que más contribuyó a su exterminación. Tenían que trabajar trescientos días y hacer trescientas tareas completas y como retribución de su trabajo tenían al finalizar el año un saldo de un peso y setenta y seis reales a su cargo, saldo que debían cubrir al siguiente.

El sistema rentístico estaba deficientemente organizado; se gravaba todo, hasta el punto de cobrar impuesto por los hijos y por cada cabeza de habitante; los dirigentes no tenían más mira que enriquecer el Tesoro, y para ello no se cuidaban de desarrollar ningún plan científico. Consecuencia de tan inconsulto sistema fue el alzamiento de los Comuneros que en un principio sólo dio por resultado el sacrificio infamante del célebre Galán y de sus compañeros, pero que a la vez trazó la trayectoria que debía recorrer la libertad.

La descomposición política era un hecho imponente y claro; a pesar de que España estaba empapada en sentimientos benévolos para con sus Colonias, no era posible conservarlas por más tiempo. Y para que se vea que no estaba en el ánimo de España hostilizarnos, transcribimos un aparte del informe del Oidor Guirior: «La razón y la justicia dictan que no es útil sino perjudicial al Erario cuando crece con daño y empobrecimiento del vasallo.» Y en la puerta principal de la Real Audiencia se leía una inscripción altamente sugestiva, capaz de hacer que el más estrecho criterio absuelva de todo cargo a España, y que traspasa los límites de lo bello y de lo justo. Dice así: «Esta casa aborrece la maldad, ama la paz, castiga los delitos, conserva los derechos, honra la virtud.»

A pesar de tan hermosas protestas, nada se obtenía porque la falta de vías de comunicación hacía que la justicia llegara, si llegaba, tarde, y que entre tanto los españoles hollaran toda ley y vulneraran todo derecho.

A tal estado de cosas se agregaba el relativo adelanto de la educación, obtenido en centros literarios y empapado en ideas de libertad y renovación venidas de ultramar, en libros que clandestinamente introducían Nariño y sus compañeros.

En el año de 1794 la casualidad puso en manos de Nariño un ejemplar de los Derechos del Hombre, que en esa época se reclamaban en Francia y en los cuales se proclamaban avanzados principios de libertad.

Es de suponerse cuál sería el efecto que produjo en Santa Fé la reproducción que de ellos hizo Nariño, contra quien se entabló juicio de responsabilidades inmediatamente vino el Virrey a la Capital.

La agitación era general, la nerviosidad se apoderaba de las masas y todos se preparaban para algo muy singular.